

Miscelánea filológica vasca

III

1. La letra h en los Refranes y Sentencias de 1596

Viene de antiguo la idea, plenamente confirmada por la documentación medieval hasta el siglo XIII inclusive, de que la lengua vasca poseía, en la parte occidental del país, una aspiración, representada por medio de las letras *h* o *f*, no de otro modo que como ese sonido existía y existe, entonces y ahora, al norte de una línea que coincide o coincidía no hace tanto tiempo (cf., para el labortano de la costa en el siglo XVIII, el testimonio del *doni-bandar* o *luzien* Pierre d'Urte) con la frontera franco-española. No interesa demasiado discutir aquí, aparte de que la prueba no está por ahora a nuestro alcance, si hacia los siglos XV-XVII por ejemplo se conservaba aún en el habla alto-navarra o labortana del Baztán. Así, no sería imposible que el nombre de población *Elgorriaga* sea el continuador de un *Elhorriaga*, no *Elorriaga*, antiguo, del mismo modo que baztanés *zagar* es el correlato preciso de septentrional *zahar* 'viejo'. Hay en esto una cuestión de hecho, que tiene respuesta conocida: la lengua de los vascones conocía la aspiración en los primeros siglos de nuestra era, al igual que la lengua de los aquitanos, y los pobladores de la zona que luego se ha conocido como Baztán no tenían por qué ser una excepción a la regla general. Pero hay también una cuestión de fecha, mucho más difícil de decidir o, mejor dicho, que seguirá siendo indecidible mientras no aparezcan nuevos testimonios: ¿cuándo se perdió esa *h*, desaparecida ya para los siglos X-XI en la generalidad de la Alta Navarra, y hasta cuándo se conservó en alguna de sus zonas marginales y vecinas de las áreas del norte más conservadoras?

La zona occidental a que me refiero es, naturalmente, el área en que durante la Edad Media se hablaba vasco: Alava, Rioja y tierras burgalesas además de, muy probablemente, Vizcaya, región para la cual la documentación es menos abundante. Téngase en cuenta, además, de que ésta, en la medida en que existe, se escribió más al sur y pudo seguir prácticas conservadoras. Esto vale también para el Baztán, pero aquí la norma de Pamplona, y digo esto por compendiar, tuvo que ser más bien innovadora.

En cuanto a nuestros *Refranes y Sentencias*, inconfundiblemente vizcaínos, la abundancia de haches y una cierta constancia, más que regularidad

en sentido estricto, de algunas grafías ha hecho pensar que podían ser indicio de que todavía estaba en uso una aspiración, /h/, realmente pronunciada. También es verdad que muchos han pensado lo contrario, y tomo de *Fonética histórica vasca*, 1961, p. 205, esto que, más que reflejo de un modo de pensar personal, es expresión de la *communis opinio* dominante: «sin embargo, a pesar de ciertas grafías de RS y otros textos vizcaínos, como también de Land(ucci), no debía existir ya en el siglo XVI».

Ya desde su Diccionario, y seguramente con anterioridad a éste (detalle que ahora no puedo comprobar), Azkue prestó atención a estas grafías, lo cual podría sugerir que les concedía alguna importancia. Así, s.u. *ospe*, escribe *hospe* al trasladar RS 2 y 107, seguido en el último caso de *sic: ospe*, RS 188, es fiel al original. Lo mismo hace por lo menos con *hoski*, 288, pero *oski*, 275. Cf., además, *hogasuna*, 161, s.u. *ogasun*, y «*hon huaric* dice el original [153] y parece errata», donde acaso se apunta a la división en dos palabras gráficas y no a la doble letra inicial. Téngase en cuenta que Azkue no parece haber respetado, al menos como regla, grafías que se podrían llamar labortanizantes, como las de Ubillos o Mendiburu.

Ahora bien, aunque no recuerdo que nadie haya intentado defender en estos últimos tiempos que las grafías de RS constituyan en este punto el reflejo de hechos de pronunciación, tampoco hay, que yo sepa, demasiadas tentativas de probar que se trata de algo puramente superficial, espuma de hábitos de escribiente o de impresor. O bien, puesto que prueba es un término demasiado fuerte cuando se habla de fijar la fonología de un estado de lengua desaparecido como tal (aunque no en sus prolongaciones) hace ya varios siglos, no se han aducido todos los indicios directos disponibles, fundados en ese mismo texto y no en lo que por otros conductos sabemos del vizcaíno de esa época, de que se trata pura y simplemente de grafía y no de pronunciación, de algo que podía verse, pero que no servía para indicar nada que pudiera oírse.

Azkue es el que, treinta años después de su Diccionario, se adentró más por este camino. Véase este pasaje de «Evolución de la lengua vasca», *Euskera* 16 (1935), 115: «Se vale [nuestro texto] de la *h* pero, según creo, no porque la pronunciasen sino por imitar a escritores castellanos. La prueba de ello es que varios vocablos los escribieron a veces con esta letra, otras sin ella, como *ospe* 'fama' figura con *h* en el número 2, sin *h* en el 188; *hoña* con *h* en el 9, sin ella en el 142; *oski* 'zapato' sin *h* en el 275, con ella en el 288; *oea* 'la cama' sin *h* en el 217, con *h* en el 222; *ao* sin *h* en el 184, con ella en los números 87 y 123; *hulertu* con *h* en el 216, sin ella en el 194; *on* 'bueno' en los núms. 45, 46 y otros, *hon* en el 26 y 42, *odol* en el 208, *hodol* en el 146; *oski* 'zapato', sin *h* en el 275, con *h* en el 288; *ur*

'cerca' sin *h* en el 281, con ella en el 250: *uren* 'principal', sin *h* en el 210, con ella en el 317; *urte* en el 292, *hurte* en el 191».

Como se ve, Azkue se basa, con toda razón, en la falta de consecuencia ortográfica para negar valor fónico a la letra *h*. Este argumento pierde, sin embargo, bastante de su valor si se tiene en cuenta que sus observaciones sobre los hábitos ortográficos de los viejos autores vizcaínos van encabezadas, en la página anterior a la citada, por una de carácter general en que su práctica queda descrita como «por lo general incorrecta, muchas veces contradictoria y aun descuidada». «Nada tiene ello de extraño —añade— cuando vemos que en su época escritores de lenguas las más cultas y de tal fama como Bossuet y Lope de Vega, muestran en sus escritos la misma incorrección e inconstancia ortográficas».

No insistiré, porque salta a la vista, en lo que tienen estas palabras de desconocimiento de lo que hay de específico, de propio de cada tiempo y lugar en el empleo de cualquier sistema de escritura: no podemos medir escritos del pasado con nuestro propio rasero que suele ser además el empleado en una parte, grande o pequeña, del mundo actual. No puede haber incorrección, esto es evidente, donde no hay norma ni, por lo tanto, transgresión de ella. Como se lee en Rom. 7, 7, en versión de Leizarraga: ...*be-katua extut eçagutu vkan Legueaz baicen. Ecen eznuqueen eçagutu guthiciá baldin legueac erran ezpalu, Eztuc guthiciaturen*. No hay, por otra parte, ningún sistema de ortografía en que todo esté reglado, como tampoco existen reinos de arbitrariedad completa. En nuestro caso, además, las grafías no dependen solamente de la época: están calcadas, sin más cambios que los estrictamente inevitables, de las empleadas en lenguas vecinas.

Sea como fuere, hay indicios claros en nuestro texto, aparte de la inconsecuencia aducida por Azkue en el uso de la hache, que pesan sin disputa contra la existencia de la aspiración. Empecemos por las restricciones en la distribución del signo. En puridad, el problema se reduce a las *hh* iniciales, ya que en interior de palabra, caso no muy frecuente en esta colección de proverbios, *h* sirve más que nada para señalar hiatos, al menos gráficos, o en algún caso límites de morfemas. Se ha citado ya *Hon huaric* (como aquí, también en adelante se empleará mayúscula para indicar que así va en el original, por tratarse de palabra inicial de refrán), forma opaca en cuanto a su formación, al menos para mí, cosa que no ocurre con *adinhon*, 31, que sincrónicamente era sin duda todavía *adin* + *on*.

En posición interior, en hiato, tenemos *haboaz*, 372, *parrabua*, 45 (pero *perrau*, 419), y, entre vocales iguales, *q(ue)heric*, 53, *quehea*, 360, *queheac*, 364 (pero *quea*, 473 y 507). Este último caso corresponde más o menos a grafías navarras medievales como *Uharte*, *Vhart*, etc., donde *-h* podía servir para indicar el corte silábico (lat. *abēnus*, de *aes*, constituye

un ejemplo clásico, con una letra muda que marca la palabra como trisílaba) y, al mismo tiempo, la descomposición del nombre complejo en sus elementos componentes. El hecho tiene tantos paralelos vascos que puedo reducirme a mencionar algún ejemplo vizcaíno aproximadamente coetáneo: *abec gayti*, TAV 3.1.22 y, en Capanaga (1656), *aboan* «en la boca», p. 3, *abec*, 112.

Volviendo a la inicial, un recuento somero de la letra *h* en esa posición da resultados que, al menos a mí, se me figuran significativos por desviados. No creo que en ello haya influido gran cosa la imprecisión de la cuenta, ya que es de esperar que los errores se hayan distribuido de modo equitativo entre las distintas partidas. Advierto, por no pecar sin necesidad más de la cuenta, que se han considerado iniciales la *h* de *-hon* en *adinhon*, así como también las dos de *Hon huaric*, palabras ya mencionadas.

A mí me han salido, salvo error u omisión como se indicaba en un tiempo al pie de las facturas, 85 ejemplos de *h-*. Si la distribución de esta letra fuera aleatoria, sometida al capricho no dirigido de quienes prepararon el original y vigilaron la impresión, se esperaría que *h* no mostrara preferencias por la vocal siguiente: tendríamos de esta manera, en principio, tantos ejemplos de *ha-* como de *he-*, etc. O, mejor, no, ya que la frecuencia de las distintas vocales en posición inicial está muy lejos de ser la misma en todos los casos, en un dialecto como el vizcaíno de entonces o de ahora: se esperaría, pues, que *h-* fuera tanto más abundante cuanto con más frecuencia se diera el caso de que una cierta vocal ocurriera en cabeza de palabra.

La fijación de la frecuencia de unas u otras vocales en inicial absoluta es algo que está más allá de mis posibilidades, si se trata (y aquí se trata de eso) de frecuencia en la cadena hablada o escrita, es decir, en el texto: lo único que cabe hacer es una estimación aproximada de su frecuencia en el inventario léxico. En el Diccionario de Azkue —que, como se sabe, no toma en cuenta la letra *h* a fines de ordenación alfabética— me sale el siguiente número de páginas para cada una de las letras vocales: *A* 120, *E* 95, *I* 78 (como bajo esta letra entra también *J*, habría que descontar unas 15 páginas), *O* 61 y *U* 45. Y es de creer, o de esperar, que si se procediera a un recuento de iniciales en textos no se llegaría a resultados muy diversos de éstos: más bien cabe pensar, y esta opinión podría fundamentarse en buenas razones, que los términos con que más a menudo se tropieza en el discurso llevarían como inicial alguna de las tres primeras letras antes que cualquiera de las dos últimas. Azkue, además, fue siendo cada vez más completo a medida que avanzaba en su tarea, con lo que las primeras letras, y muy en particular *A*, tuvieron que salir perjudicadas.

Por ello mismo, el hecho de que de esos 84 ejemplos de *h* inicial en *RS*, 44 sean de *hu-*, 19 de *ho-* y sólo queden, por consiguiente, 21 para *ha-*,

he- e *hi-* requiere alguna explicación. Ya que, en otras palabras, *hu-* se lleva en el reparto la parte del león, una limpia mayoría absoluta contra la coalición de todas las vocales que preceden a *u* en el orden alfabético.

Y hay por lo menos una razón que aclara en parte esa desproporción, razón que está bien a mano si uno no se obstina en considerar los hechos gráficos vascos, ligados a otros, como independientes. Los usos ortográficos que tenían que dominar en esta colección son sin lugar a dudas castellanos, puesto que los refranes y sentencias, aunque «comunes en Bascuence», están «declarados en Romance con numeros sobre cada palabra, para que se entiendan las dos lenguas». La obra contiene, pues, tanto romance como vascuence o, mejor, algo más del primero que del segundo, ya que el título con su explicación, que se acaba de transcribir, más las indicaciones de impresión, están exclusivamente en romance.

No hay necesidad de pruebas ni de largos preámbulos para presentar el hecho de que, por aquel entonces, y aquí podemos tomar el romance como punto seguro de partida por mejor conocido, *u* y *v* no eran sino variantes «graféticas», si se me permite el atrevimiento, de un mismo grafema que se encontraban, en términos generales, en distribución complementaria, de modo que en inicial y ante consonante se escribía regularmente *v*, mientras que en interior de palabra *u* representaba en ciertos contextos la vocal posterior más cerrada, en tanto que cuando iba entre vocales estaba por la consonante que ahora se suele indicar por *v* (*buevo*, etc.) o por *b* (*caballo*, etc.). Había sin embargo, al menos una posición en que la letra, que era *v* por encabezar palabra, tenía que ser ambigua en cuanto a su valor: *v-* ante vocal podía ser señal tanto de *waw* antevocálica (*fuérça*, etc.) como de la consonante labial a que ya se ha aludido. De ahí que, como bien se sabe, haya hoy todavía tantas *hh* no etimológicas en castellano, en *RS* mismo, *huerta* 11, o *hueuo* 25. El o los responsables del texto impreso eran bastante descuidados en el uso de esa letra, que para ellos no debía de ser más que un adorno usual antes que obligatorio (*erreria* 15, *aze* 15 pero *hazes* 13, *arto* 54, *arnero* 62, etc.), pero nunca se olvidaban de emplearla ante *u* más vocal: si no escriben *huerta*, como se ha dicho, es porque escriben *guerta*, 54.

Conforme a esto, debió de pensarse que también en la parte vasca había dos modos de transcribir *u* vocal anteconsonántica en cabecera de palabra: bien por *v-* o bien por *hu-*. La primera fórmula se ha aplicado muy aproximadamente en el mismo número de casos que la segunda. Yo, al menos, he contado 44, que coinciden con los 44 de *hu-*, empezando por *vsategui* 11, *vzcarti* 33, y acabando por *vcatu* 510 y *vna* 524. Se diría que la segunda alternativa, *hu-*, tiende a ser preferida, con todo, en cabeza de refrán: *Hurru-tirean* 147, *Huri* 148, *Hurrieteac* 149, *Hurte* 150, *Hurdinetan* 166, *Hur-*

tealango 191, *Hulerzen* 216, etc. Cf. *hume* en Capanaga, p. 7, sesenta años más tarde, y tantos otros casos similares.

También había dos soluciones posibles, de manera enteramente paralela, para *i*: *y*- como en *ynsausti* 467, que es lo normal, o *hi*- como en *hiñarchi* 112, *biz* 285, 374, *bizerean* 378 (pero *yz*- 170, *yz* 194, *yza* 216), *bire* 396. Junto a estos cinco ejemplos de *hi*-, hay siete de *ha*-, cuatro de los cuales son del nombre de la 'boca' (falta del todo la grafía natural *aho*): *haoa* 87, *hao* 123, *haora* 176, *hahoaz* 372, que encuentran paralelo natural en *Huarte* en Navarra, ya siglo XI, *Huart*, etc., frente a los citados *Uharte*, *Vhart*. Entre ellos se cuenta el más que extraño *hamquer* 12, «cruel», con el nexa improbable, si no imposible, *-mq(u)*-. Quedan siete casos de *he*-, que no son pocos, a contar desde *Hendorea* con mayúscula, por más que va en interior de frase, al igual que su versión «Alcalde».

Los refranes de esta colección copiados por Oihenart y recogidos en J. de Urquijo, *ASJU* (= *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo*) 1 (1957), 30-35, no infirman esta impresión global. Hablo de los 20 proverbios antes desconocidos, reunidos luego en *TAV* 3.3.2, donde se lee *huchan*, *Huhunerean* (mi conjetura en nada afecta a la primera y tercera letra), frente a *Vrrineric* 309, y *hoxtuac*, *hotua*, frente a *ospea*, con empleo exclusivo ante vocales iniciales posteriores. Se puede tener una fundada confianza en la copia de Oihenart, puesto que en los 18 refranes anteriormente conocidos que también recogió no hay *h* que sobre ni que falte. Hasta el sorprendente *burhua* de nueva planta no lo es tanto si se piensa en el precedente de *gorhua*, 63, «la rueda», con *-r*- intervocálica representada también por *-rh*-. ¿Qué oscuras motivaciones pudieron mover a nadie a usar una grafía tan complicada para indicar algo tan sencillo? No acierto a adivinarlas, a no ser que tengan algo que ver, por caminos ocultos, con el hecho conocido de que en *RS* se halle tantas veces *-r*- como representación de una vibrante fuerte o múltiple (y una vez por lo menos la grafía inversa: *garria*, 236, «trigo», por *garia*).

Lo expuesto me parece razón suficiente para apoyar la sospecha vehementemente, que se une a otros sostenes, de que *h* en *RS* no trasciende de la escritura: su uso, lejos de ser completamente caprichoso, queda en buena medida determinado en su distribución por factores de contexto gráfico. Y, una vez mencionada la distribución, no debo omitir que ésta, en un valor distinto al que se acaba de atribuir a la palabra, no es uniforme a lo largo de las páginas de la obra. Para la numeración de éstas me refiero a los números que no llevan las del *unicum* de Darmstadt, pero que señaló a tinta una mano moderna: la del descubridor y editor van Eys, sin duda. La misma mano, como se sabe, puso números a los refranes que no tienen ninguno en

el original, aunque lleven números superpuestos las palabras de cada uno, como ya se ha indicado.

En la página 18 (proverbios 146-154) hay, en 9 refranes, nada menos que 12 ejemplos de *b* inicial: *Hodolac*, *Hurrutirean*, *bura*, *huri*, *haucia*, *Hurrieteac*, *hurri* (dos veces), *Hurte* (dos veces en inicial, pero *vsta* = *uts da*), *Hon huaric*. Parecen demasiados para un espacio tan menudo. En realidad, aquí y en otros lugares se saca la impresión de que los refranes iban parcialmente ordenados por orden alfabético. Así, en esta página, hay 6 que empiezan por *H*-, seguidos de uno (152) que empieza por *Y*-, *Ydiçarrari*, lo mismo que el 154 (*Yçecoa*), con el 153 (*Hon huaric*) intercalado entre ambos, como si fuera la reparación de un olvido en que se acaba de caer. La cuenta terminaría y volvería a empezar, lo mismo que en los *Proverbes* de Oihenart, sólo que más a menudo y con tiradas más cortas, lo que significa en último término un original peor preparado antes de su impresión.

La primera página, la única de cuyo lugar en la ordenación del libro no puede dudar ni el más escéptico, gracias al encabezamiento que lleva, contiene estas palabras iniciales de refrán (1-5): *Adiadi*, *Aberas*, *Aberassoc*, *Abenduco* y *Arri*. Es demasiado, repito, para que todo sea mera coincidencia.

Ya que el ejemplar de Darmstadt fue al parecer destruido, vuelvo a citar aquí las palabras de Vinson en el *Complément et supplément*, 1898, p. 529, a su *Essai*: «Il faut noter aussi qu'il n'y a pas de titre [bueno, hay una especie de título: lo que falta es la portada], et l'aspect de la dernière page ferait croire que le livre n'est pas fini et qu'il se compose des bonnes feuilles d'une publication interrompue en cours d'impression». No sé hasta qué punto es seguro, insisto, que nuestra última página sea realmente la última. Esta, en todo caso, por lo que toca al orden alfabético, lleva ocho palabras iniciales en *O*- (siete y una en *Ho*-, *Hordia*, para ser precisos), con una en *S*- (*Saguac*), entreverada.

He hablado ya demasiado y demasiado a menudo sobre todo esto para no reducirme ahora a lo estrictamente indispensable. El ejemplar que pudo estudiar Larramendi, hallado en Vizcaya por su compañero Cardaveraz, estaba lejos de coincidir, a juzgar por el *Suplemento* a su Diccionario, con el que nosotros conocemos: está fuera de duda que tenía páginas que no han llegado hasta nosotros y me parece altamente verosímil que le faltaran, en cambio, algunas que obran en nuestro poder.

Es, desde luego, difícil saber lo que Larramendi vio de los 539 refranes del impreso de Darmstadt, aunque esto no escape por entero del alcance de la conjetura puesta en razón. Tampoco estamos mejor situados para decidir si los 20 para los cuales Oihenart es fuente única le eran conocidos: «papera, *acizurria*» es acaso, en su ambigüedad, el mejor apoyo que encon-

traría la respuesta afirmativa. Tampoco me parece probado, ni mucho menos, que el de Andoain tuviera delante, al componer su *Suplemento*, los otros 18 transmitidos por Oihenart y que ya antes nos eran accesibles.

Sea de esto lo que fuere, el hecho indudable en que podemos fundamentar una opinión que lleve de lo conocido a un cálculo del volumen de lo desconocido es que, de entre las 64 páginas que cuenta el que con más concisión que propiedad voy a llamar nuestro ejemplar, los refranes conocidos que copia Oihenart están encerrados exclusivamente en las siguientes: 49, 51 (tres refranes), 52 (dos), 54, 55 (dos), 56, 57, 58 (tres), 59, 61 y 64 (dos). Todos ellos están comprendidos, dicho de otra manera, en 11 páginas de nuestro ejemplar, es decir, en algo escasamente superior a su sexta parte. Y, lo que es más significativo, están todos, de último a primero, dentro de una cuarta parte justa, 16 páginas (de la 49 a la 64) de las 64 de nuestro ejemplar que, al parecer, iban juntas en el que consultó Oihenart, en el mismo orden o acaso en otro permutado. No creo, aunque naturalmente no estoy en disposición de demostrarlo, que Oihenart conociera lo para nosotros anterior (había ahí demasiadas rarezas que deberían haber retenido su atención) y lo nuevo que él añade, los repetidamente mencionados 20 refranes, iban según toda verosimilitud al lado de esos 18, intercalados o acaso mejor impresos a continuación de nuestra última página.

No me voy a entretener en cálculos temerarios basados en extrapolaciones aventuradas. Sólo me permitiré la observación de que, si la razón entre refranes copiados y número de páginas no fue alterada por la interferencia de algún factor excepcional, la cuarta proporcional que corresponde a 20 refranes, cuando 18 están comprendidos en 16, no andaría lejos de la tercera parte de lo que hasta la publicación del trabajo de don Julio estaba a nuestro alcance. En fin, por no alargar más estas consideraciones, me atrevería a afirmar que tal vez escapa todavía a nuestro conocimiento una buena mitad del original que fue manejado en los talleres que tenía en Pamplona Pedro Porrallis de Amberes.

2. Algo más sobre grafías de Refranes y Sentencias

El propósito de esta nota es el de señalar algunos puntos que merecerían estudio más detenido; no el de llegar a sus raíces, que sería tarea de mayor empeño. En efecto, no será la improvisación la que nos haga pasar del estado de feliz ignorancia, limitado por impresiones generales —que en buena parte podrían demostrarse como posesiones seguras, pero, al no plantearse siquiera de una manera explícita, nadie se cuida de fundamentar—, a la descripción pormenorizada, seguida de interpretaciones fundadas en razón. En el caso de *Refranes y Sentencias* nuestro saber se basa más que nada en lo que creemos saber de la fonología del vizcaíno de aquel enton-

ces, a partir de lo que sí sabemos de pronunciación vizcaína, y vasca en general, más reciente. A esto se añade, y éste sí que puede ser un pilar firme, lo que nayamos podido oír o leer de los muchos estudios que sobre pronunciación y ortografía castellana en las proximidades del siglo XVI se han publicado y todavía siguen publicándose.

Los textos paralelos de *RS*, proverbios y otros vascos y traducción romance, permitirían un estudio sistemático (que nunca se ha hecho, que yo sepa, y que ahora no se va a intentar) de la adaptación de la práctica castellana, norma todavía bien establecida en términos generales, a materiales vascos. Esta norma era aún en 1596 una variante comarcal de lo que, por abreviar y porque basta para entendernos, llamaré la de Nebrija. No hay necesidad de explicar por lo menudo que, a fines del siglo XVI, el sistema gráfico andaba muy apartado de la pronunciación y que ese desajuste se había producido mucho antes, en la mayor parte de los puntos, en Castilla la Vieja que en el reino de Toledo. La discordancia afectaba sobre todo a la distinción en la escritura, que guipuzcoanos como el bachiller Zaldibia estaban bien enseñados a no omitir, de algo que había dejado de ser oposición fonológica: se trata, ante todo, de *b / v*, *b- / ø-*, *j (g + e, i) / x*, *z / ç (c)*, *-s- / -ss-* entre vocales.

Lo que sigue es una lista nada sistemática de temas que son, hasta cierto punto, conexos. En los puntos que toco tengo que basarme, cosa que me parece inevitable, en hechos fónicos para entender los gráficos, aunque no ocultaré que acaso en el fondo oscuro de mis intenciones domine la de penetrar en aquéllos a partir de éstos.

a) En el apartado anterior se ha tratado, hasta con demasiada atención a menudencias, del empleo de *h*, sobre todo inicial, en el texto vasco. Se ha señalado de paso que en la traducción la letra se usa de modo un tanto descuidado, de forma que no son raras las omisiones. Añado a lo anterior que el anotador del *unicum*, es de suponer que van Eys, ha añadido de su mano, al comienzo de la página 3, *hb* a *aze* 15 (en el mismo refrán se lee *fierro* con *f-*) y a *orada*, 16, versión de *vasc. çulatu*, explicado a mano, de manera no muy exacta, por *ablanda*. A la inversa, tiene *ay* pero, por ejemplo, (*darte*) *ha*, 116, «deyc», o (*la*) *hierba*, 268, «berarra», como *hierele*, 272.

b) La parte castellana respeta, o intenta respetar, la distinción tradicional de *b / v (u)* y de *z / ç (c)*: *auerlo* 521, *cauallo* 480, etc., pero *lobo* varias veces, *rabicorto* «labio» 14, *sabiduria*, etc. Aunque sin *b-*, *obero* 335 estaría por lo demás de acuerdo con la norma (me atengo en lo esencial, aquí y en otros casos, a los datos de Corominas), pero *aejea* 5, 416, 459 o, en sentido contrario, *traba*, 114, se apartan de ella, y no pretendo que sean

las únicas excepciones. El conocimiento de las reglas usuales de ortografía correcta se manifiesta también en *biuo*, *biuir*, pero *vida* (cf. vasc. *vici*-, aunque menos corriente que *bici*, *biçi* y una vez *bizi*, 334), o *boluer*, *boluelle*, *boluiose*, *buelto*.

En lengua vasca, por el contrario, nunca ha habido, que se sepa, oposición fonológica entre una *b* oclusiva y otra que no lo era, aunque conforme a todos los indicios de que se dispone sea muy antiguo el contraste fonético, semejante al que se da hoy tanto en castellano como en vasco, por el cual /*b*/ tiene una variante combinatoria de realización espirante, que es la que se da en contextos abiertos, y sobre todo entre vocales. Esto equivale a decir que, en época y lugar en que el escriba romanizado podía fiarse del oído, habría encontrado natural escribir *b*, por ejemplo, en inicial de palabra vasca, pero *u*, por el contrario, en interior, entre vocales.

Creo que lo primero es normal en *RS* (*barri*, *bildurti*, *buztana*, el prefijo *ba-* en *balinde baniqueçu* 91, etc.), pero no es extraordinario encontrar tres muestras de *v-* (*vetez vetez*, *vasez*, 99) en un solo refrán. En cuanto a /*b*/ no inicial, en el apartado anterior se han mencionado tres palabras iniciales de los cinco refranes que contiene la primera página en que se escribe *b* entre vocales: *aberas*, *aberassoc* (pero *aueras garri*, 11, «aparejo para enriquecer»), *abenduco*. Sin salir de esa página hay además *obeago*, *ebil oquiác*, *abaaric*, en otras palabras, *b* intervocálica sin excepción, cuando en cambio se ha escrito *veti* «siempre», dos veces, y *vere* «tambien». Es cierto que *bere* es y era enclítico, pero no es menos verdadero que *auçooc vere* se realiza, y nadie duda de que también se realizara entonces, como [-opere], con una labial oclusiva por sorda.

c) También habría sido de esperar que *z-* vasca se transcribiera por *ç-* y esto es seguramente lo que ocurre la mayoría de las veces, pero entre refranes con *c-* o *ç-* inicial puede darse *zitel zirola* «pusilanimio çapatero», 21, escrito *çirola* «çapatero», 275, o *zajagauzi* «dejatiuo», 506, término que sólo aquí se testimonia.

En final absoluta (es decir, en final de palabra, no de tema), lo corriente es *-z*, pero la uniformidad gráfica encubre una dualidad de pronunciación, porque en final —en contra de lo que ocurría en inicial— se distinguían sin duda las sibilantes fricativas de las africadas: cf. *vetez*, ya citado, que hoy se escribiría *betez*, pero *gaz*, 353, sin duda *gatz*.

En interior de palabra, la sospecha que alguna vez ha aflorado en el sentido de que acaso *z* / *ç* (*c*) tendiera a poner de manifiesto la oposición africada / fricativa no recibe confirmación en un examen detenido. Ya hemos visto arriba que hay una vez *bizi* (= *bizi*) frente a *biçi*, etc., y, como muestra patente de indistinción, *biciça (modu)* «manera... de biuir», *bicicea*

«vida», que están por *bizitza* (-*modu*), *bizitzea*, donde la misma letra representa dos sonidos bien distintos, aunque afines. Cf. *gaza* y *gauza*, 145, que son *gatz*a y *gauz*a, y no valdría argumentar que el primero tiene su -z- del indeterminado *gatz*, que acabamos de ver escrito *gaz*, pues el 273 tiene *gaçean* repetido por *gatzean*.

El nombre del mes de mayo, otro caso de -tz final de tema, muestra las grafías *Mayaçeco* 39, *Mayaz* 43, *Mayaçean* 115, *Mayacecoa* 266, *Mayaçean* 268, *Mayaza* 269, *Mayazean* 411, *Mayaçeco*a 416, *Mayaç*a 534 y 535.

d) Este estado latente (si se me permite tomar de prestado esta expresión, con mayor o menor oportunidad) de la oposición z / tz, mantenido largo tiempo a este lado de la frontera, hace que, cuando nos enfrentamos a testimonios únicos o no apoyados en datos de otra procedencia, no sepamos qué escoger: en el hápax *zajagauzi*, ya aducido, la primera z representa sin duda una fricativa y esto podemos afirmarlo por razón del sistema, pero, ¿y la segunda? Gorostiaga, *Vocabulario del Refranero vizcaíno de 1596*, Univ. de Salamanca 1953, propone interpretarlo como tz, propuesta que va inseparablemente unida a la etimología que presenta implícitamente. En cuanto a *erredizea* «mueble», 90, él lo lee *erreditza* (+ -a, artículo), mientras que para mí más bien sería -izea, pero mis razones no son menos etimológicas que las suyas. Y, mientras no dispongamos de otros apoyos, nos moveremos en círculo más vicioso que virtuoso: apuntalamos con la etimología la interpretación fónica que proponemos para las grafías y ésta, a su vez, nos es necesaria para que las etimologías puedan tenerse en pie.

Ni la africada ni la fricativa dorsal vasca debían sonar extrañas a oídos castellanos. En cuanto a la primera en particular, no ocurría sin duda lo que ahora, que para muchos *aberbale* es la única reproducción posible de *abertzale* y ya años antes los *batzokis* no pasaban de *bachoquis*. Da la impresión de que lo que en castellano se escribía ç (c) o z estaba, en zonas vecinas, a medio camino, por decirlo así, entre vasc. z y tz o, acaso mejor, podía conocer variantes contextuales próximas bien a uno bien al otro sonido vasco: me estoy refiriendo muy en particular al castellano de entre 1550 y 1650. Y, aunque se trate de un texto impreso o que se iba a imprimir en Pamplona, parto del supuesto de que la procedencia del manuscrito, al igual que la del material recogido en éste, era occidental, no vascón. El romance navarro, y más en general navarro-aragonés, plantearía problemas propios en cuanto sus prácticas gráficas influyeron en la transcripción de sonidos vascos, pero esto parece que tiene mayor importancia para la época medieval que para hechos posteriores a 1512.

No ocurría lo mismo con la africada apical *ts* que, como se ha explicado tantas veces, era algo completamente ajeno a los oídos de marras. De

ahí que en *RS* se arbitraran distintos recursos, a veces de una complicación extraordinaria, para marcar la africación. Pero tampoco aquí se llegó a un sistema coherente (prescindo de los dialectos que disponían de la letra *x* para este fin, aunque por desgracia no la restringieron a ese ámbito): sabemos que *vasez* y *sasez*, 99, se escribirían ahora *batsez* y *satsez*, o que *sorosi* (con ambas eses altas) «atender» 78, «catar» 152, corresponde a mod. *sorotsi*, pero estas interpretaciones están sostenidas por apeos extraños al texto mismo.

e) Mucho más complejo por intrincado es el problema que presentan las grafías, en mayúsculas o minúsculas, con *i*, *y*, *j*, *x* (más *s(s)*, etc.). Empezaré por la distinción gráfica de *x* y *j* (más *g* en contextos conocidos por todo el mundo) en la parte castellana que es fiel por lo común a la norma de Nebrija. No sin algún tropiezo, sin embargo: así, junto a los correctos *dexemos* 125, *dexes* 404, *dexalla* 525 (cf. *truxe* 332, *paxaro(s)*, cinco veces por lo menos, etc.), se halla *dejatiuo*, ya mencionado, 506, que rompe con lo tradicional.

No creo pecar por exageración si generalizo de la parte al todo y afirmo que la regla en castellano es que puede darse *j* por *x*, pero no al revés: cf. *mejor*, *muger*, *paja*, *tajada*, *vejez*, *viejo*, etc. Si la regla falla, estoy convencido de ello, es por excepción, siempre escasa.

Diría también que lo mismo, o algo muy semejante, sucede en la parte vasca: *baxen*, 281, 'que' (con comparativo), como se escribiría hoy, pero *ajea* «ayre», *ajeric* «viento», 178 y 218, junto a *axeac* «el viento», 419, con *x* que corresponde mejor al carácter indudablemente sordo de la consonante. Cf., además, *ax* y *axa*, 31, «se» y «seras», que para Leizarraga serían *aiz* y *aicate* como *axe* es *haice*, o el más complejo *gajta* «es difícil» (= *gaxta* de *gatx da*), 144, *gajpaga* «sin mal» (*gatx* + *baga*), 174. Ejemplos de vacilación son *exilic* 18 / *ejilic* 179 «callando», *goxera* «mañana» (fr. *matin*), *goxeticoa* «el temprano» / *gojtu*, 437, «madrugar», *ejaco oguia* «pan de arado», 224 (cf. *elejaracoz* «para la yglesia», 142, por *-x-*) / *exar daye* «araran», 452.

Pero el sonido representado por *j* en *RS* tiene también otro origen, más natural si así puede decirse: está por el continuador de una yod antigua, tanto en posición inicial como intervocálica. Véase *FHV*², p. 176 s., donde se dan algunos ejemplos del segundo caso: *anaje* «hermano», *ceja-* «mercado», *ojal-* «paño», *ojan-* «desierto». Pero se escribe *y* cuando *i*, segundo elemento de diptongo, era final de tema ante sufijo, menos en el superlativo *gojenean* «en lo alto», 286: *beyen* «de la vaca» 8, *ciya* «la cuña», *leya* «elada», *miyac* «la lengua», *nayago (dot)* «mas quiero», *vrdaya* «tocino» 39, *yuaaya* «rio» 6, etc. Constituye excepción *Mayaz*, cuyas formas se han recogido

ya en su totalidad, préstamo aunque nada reciente, formas verbales como *emayoc* «dale», 25, *leyoe* «harian» (de **legioe*), 48, *ezlemayo* «no se la daría» y el nombre de población alavesa *Aramayo* «Aramayona», ambos en 284. Conviene advertir, como punto de referencia, que la letra *y* es general en la notación de diptongos en una y otra lengua (*yguy* como *cuydado*, *deyc*, *eyngo* como *rey*, *ley*), y además, lo que parece más indicativo, no solamente se escribe con esa letra, por ejemplo, *joyas*, *suyo*, sino también (*vengarse*) *meya* «asper lequiquet», 10, *yelo* 439 y 492, con mayúscula *Yelo*, 511 y 512.

La mayúscula que en la parte vasca corresponde a *j* minúscula es *I*: *Iaunuc* 85, *Iusturiaen* 201, *Iate* 213 y, sobre todo, *Iaquindunen* / *jaquindun*, ambos en 200. Lo mismo ocurre en castellano, lengua en que se escribe, entre otros, *Iuyzio* 481. Cuando se trata de *i*-vocal el texto vasco tiene *y*, minúscula o mayúscula, y sólo por excepción *hi*-.: *yzaytea* 2, *ysquilluac* 7, *ybini* 9 (cf. rom. *yglesia* 142, *yremos* 165), etc., lo mismo que *Ynudea* 55, *Ynurria* 81, *Yradu* 83, *Ygazco* 84, etc.

Tal vez no sea ocioso repetir aquí que tampoco con *j* entre vocales estamos en disposición de fijar su valor cuando no tenemos apoyos exteriores al texto. Así ocurre en el repetido *zajagauzi* y así ocurre con *nojala*, 505, «la leche de la uaca que ha dos años que cria»: esto, además, parece una broma, porque por mucha que sea la compendiosa elocuencia de la lengua vasca cuesta creer que le bastaran dos sílabas (*-a* es naturalmente el artículo determinado) para expresar todo eso.

Hay una palabra difícil para mí en este capítulo que es *jira* en *ta oguiari leyoe jira* «y harian regozijo al pan». No encuentro la palabra en Azkue, ni siquiera en las adiciones (y me refiero a las manuscritas, no a las impresas), pero apenas cabe dudar de que tiene el mismo origen que el cast. ant. *jira* 'banquete opíparo' y de su un tanto mezclada familia etimológica. Ahora bien, y puede verse Corominas, s.u., lo antiguo era sin duda *xira*, con fricativa sorda inicial. Si la voz se pronunciaba también de esa manera en vizcaíno, tendríamos una rara muestra, única quizá, de *j*-inicial por *x*- en nuestro texto. Téngase, además, en cuenta que esa inicial no tenía que existir, porque se había generalizado la africada *tx*-, salvo en voces expresivas con valor hipocorístico y que, para serlo, necesitaban tener al lado, viva y coleando, la variante fónica y semánticamente «normal»: *xuri* / *zuri* 'blanco', etc. Pero los testimonios de que disponemos nos informan mal sobre este aspecto de la lengua, al menos para el siglo XVI y para la parte occidental del país.

3. Arratsaldea zan alakoa

Siempre recuerdo la impresión que me hizo la primera lectura completa de *Garoa*, en Burgos, allá por 1941 o 42. Sería seguramente difícil de comprender para las nuevas generaciones mejor iniciadas en los secretos del arte y de la naturaleza, pero hay que tener en cuenta que nosotros éramos gentes, sobre sencillas, nostálgicas. Y de esa lectura nunca he olvidado la frase que encabeza este apartado que, aunque inserta en los comienzos de un capítulo más bien de transición, en que la tensión (hablo en términos relativos) decrecía, me impresionó por lo que tenía, a lo que me pareció, de particularmente expresivo. Más de una vez volví a pensar en ello, ya con intenciones oscuramente analíticas, hasta que tuve que caer en la cuenta de que lo expresivo estaba en el orden de las palabras, orden inhabitual y por lo tanto marcado, en el sentido (no tan diferente en el fondo de otro anterior) en que se usa ahora esta palabra.

Luego, en tiempos mucho más recientes, he tenido que ocuparme del orden de palabras en la frase vasca, a causa sobre todo de la relación que guarda con hechos acentuales que van ligados, a su vez, con las pausas, reales o virtuales, en el discurso oral.

Ahora bien, el hecho es que, con la encuesta de que me ocupé durante todo el verano de 1976 sobre hechos acentuales en Rentería y algún punto vecino, no seguí en cuanto a la publicación de materiales y resultados la marcha que es más corriente en tales casos. Como he apuntado en una conferencia que aún no ha sido publicada, lo habitual es que se vaya explicando, en artículos de revista o similares, el procedimiento que para ello se ha seguido (naturaleza del cuestionario, forma de obtener respuestas, etc.) y el fruto, críticamente valorado, que de ello se ha logrado. Sólo después podía darse un resumen de los hechos, de forma estrictamente resumida, como capítulo, o parte de un capítulo, de una obra de carácter general.

Yo, en cambio, presenté mis materiales en el orden inverso, por los apremios usuales de imprenta que suelen producirse en el último momento, y también porque mi salud, aunque todavía no había terminado de darme cuenta de ello, no andaba demasiado bien. El resumen es que intenté meter todo ello, sin los desarrollos necesarios, en *Fonética histórica vasca*², páginas 575-582. Me doy perfecta cuenta de que este no es el lugar más apropiado para explicitar lo que allí quedó implícito, por lo que me limitaré a presentar algunas indicaciones sobre el orden de palabras. Me apoyo, y corrijo de paso errores que se me han escapado en otro lugar, en el libro de Heles Contreras, *El orden de palabras en español*, Madrid, Cátedra, 1978, que sólo en un sentido muy especial puede llamarse traducción de la obra que primero apareció en inglés.

Según pienso ahora, y me gustaría que esta opinión fuera corregida —si no rebatida— por otros, una oración predicativa vasca, de esas que otros llaman atributivas, goza de una cierta libertad en la permutación de sus elementos. Como son tres, en los casos típicos que aquí se consideran (se prescinde de las oraciones estrictamente nominales que, desde el punto de vista descriptivo, será mejor considerar como reducción de frases por elisión de la cópula), un sujeto y un predicado, unidos en la superficie por un verbo auxiliar cuya misión principal es ésta copulativa a que alude su nombre, aparte de que puede ser portador de indicaciones de tiempo, aspecto, etc. Estas, sin embargo, suelen ser menos indispensables que nunca cuando se trata de 3.^a pers. sing. de una forma unipersonal de un presente que puede servir de comodín por su carácter nada marcado.

Esos elementos, en la variedad más característica, serían sujeto (*S*), predicado nominal (*P*) y cópula (*C*), que en combinatoria pura permitirían seis permutaciones, de las que se excluyen en el uso de la lengua, al menos según la norma más seguida a cierto nivel de ésta, las dos que llevan *C* en cabeza. Advierto, por si acaso, que ya he indicado en otro lugar que el pecado de los viejos catecismos y otros escritos, tan acerbamente censurado, acaso no fuera tan imperdonable como a primera vista pudiera parecer. En efecto, al responder *Da gauza bat...* a *Zer da Jaungoikoa?*, por citar pregunta y respuesta clásicas en otro momento, puede muy bien pensarse (y esto no es nada infrecuente en la conversación más corriente) que la respuesta se apoya en la pregunta, con elisión de un *Jaungoikoa* o de su equivalente, que ya va expreso: sé que esto fonológicamente se parece a colgarse de una cuerda que se ha lanzado al aire y no se apoya en nada, pero así sucede. Algo parecido podría decirse de los incisivos del tipo *dio San Tomasek* (cf. fr. *dit-il*), tan corrientes en Axular y otros, que también quebrantan, al menos en apariencia, la regla de que el verbo finito, sea auxiliar o no, no puede encabezar oración.

Quedan, pues, cuatro ordenaciones posibles para el equivalente de un enunciado como *éste es bueno*, y se emplean las cuatro, aunque con frecuencia muy diversa. Apareadas según dos relaciones diferentes de equivalencia, serían, en la forma de lengua que me es más familiar:

| | |
|---------------------|--------------------|
| <i>hau / ona da</i> | <i>ona da hau</i> |
| <i>ona / hau da</i> | <i>hau da onà.</i> |

En materia de pronunciación y siempre dentro de la esfera de radio más bien corto que largo a que se ha extendido mi indagación, hay dos señaladas diferencias entre las expresiones de la izquierda, de una parte, y las de la derecha, de otra: aquéllas admiten, primero, una pausa a continuación de su primer miembro (en rigor, éste podría ser trasladado, al menos como

afterthought, a la posición final: *ona da / hau*) y su acentuación, segundo, es de tipo normal, como la de *honena* 'el de éste', por ejemplo, mientras que la pausa es imposible en las últimas que van acentuadas, para mi oído, según el modelo marcado de *onenà* 'el mejor'.

En cuanto al sentido, por el contrario, la equivalencia se da entre filas y no entre columnas. Las dos expresiones de arriba son respuestas posibles a una pregunta como *Zer da hau?* o, mejor todavía, si se quiere poner de relieve el carácter conocido del tema o tópico, *Hau, zer da?*, mientras que las de abajo responderían a *Zein da ona?* o, paralelamente a lo anterior, puesto que ya se sabe que hay alguien o algo de que se puede predicar que es bueno, *Ona, zein da?* Lo que separa a las expresiones de derecha e izquierda y, al mismo tiempo, lo que las interrelaciona de arriba a abajo, es la expresividad o falta de ella. Lo normal, corriente, afectivamente indiferente se halla a la izquierda; lo marcado, lo que intenta decir algo más de lo que literalmente dice, está a la derecha.

Volviendo ahora —más vale tarde que nunca— a las palabras de *Garoa* que encabezan este apartado, es obvio que, por la forma, *arratsaldea zan alakoa* corresponde exactamente a *hau da ona*, *S + C + P*, del extremo inferior derecha del cuadro anterior, con *S* representado por un sustantivo y *P* por un adjetivo. No se habla de cómo era la tarde (*nolakoa zen arratsaldea?*), sino de qué objeto era de esa naturaleza. ¿Qué es lo que era así, de esa naturaleza (*alakoa*)? La tarde, sin duda, lo que equivale a decir que *alakoa*, *arratsaldea zan*, con *arratsaldea* como rema o información añadida. Y, aunque se trata de una permutación que es facultativa, nada obligatoria, *alakoa arratsaldea zan* podía convertirse en el más sorprendente, por desusado, *arratsaldea zan alakoa*.

Se podrá alegar contra este conato de explicación que el modo de ser de la tarde no era previamente conocido, pero este argumento no sería del todo válido. En realidad, *alakoa* es un anticipador, un pro-adjetivo, que en el juego del *als ob* da por conocido algo que se va a detallar a continuación. Porque el texto completo, *Garoa*, Durango, 1912, p. 281, es el siguiente: *Arratsaldea zan alakoa, ezti, garbi, eder, ta esnagarria, biotzean egoak ipiñi ta animari zerurañoko bide zabalak ireki erazteko arratsaldea*. El *arratsaldea* final cierra, pues, redondamente el círculo abierto por el *arratsaldea* inicial y dentro queda la descripción, muy en la línea de Domingo Aguirre, más subjetiva, centrada en su efecto sobre el observador que se confunde aquí con el narrador, que objetiva.

En virtud de la conocida equivalencia por la cual *gure adiskidea da* no difiere gran cosa de *adiskide dugu* (cf. el comentado *nor zaitut?* de Lizardi, algo así como '¿quién eres (para mí)?'), el paralelo preciso de *Arratsaldea zan alakoa*, con el sujeto por delante, sería en construcción predicativa *Jauna*

dut artzai, Ps. 22, 1, versión cuya primera muestra la encuentro en Orixe, *Urte guziko meza-bezperak*, p. 1236, que en castellano sería 'el Señor es mi pastor', lit. 'tengo al Señor por pastor'. El mismo orden en *Jauna dut argi eta salbamen*, Ps. 26, 1, de *Salmutegia*, Donostia 1974, que coincide con el título de la colección de artículos de Jean Hiriart-Urruty, 1977. El inverso, también posible pero con sujeto siempre determinado, en *estalcki duzu argia*, Ps. 103, 2, de la traducción últimamente citada.

Quiero mencionar de pasada, para terminar, un hecho que, como hace muchos años me señaló en Salamanca Patxi Altuna, parece estar en contradicción con la concepción expuesta aquí de acuerdo con lo que otros han dicho en diversos lugares. Hay un diálogo contado en los Evangelios en que a la pregunta *Vos autem, quem me esse dicitis?*, y respeto el latín que sin duda tuvieron muy en cuenta mis testigos, responde Pedro: *Tu es Christus, filius Dei uiui*. Y, aunque parece claro que *Christus* y lo que sigue es la respuesta a la pregunta, los traductores vascos han respetado por lo general el orden de palabras del latín, que no era el mismo que el de la lengua a que estaban traduciendo.

No tengo a mano más que pocas versiones, pero presentaré su testimonio, empezando por Leizarraga que, en Mt. 16, 16, dice: *Hi aiz Christ Iainco viciaren Semea*. En el pasaje paralelo Mc. 8, 29, dice igualmente *Hi aiz Christ*. En Io. 6, 69, en cambio, aparece este mismo orden, *S + C + P*, que en estilo indirecto siempre parece haber sido normal: *Eta guc sinhetsi eta eçagutu diagu ecen, hi aicela Christ Iainco viciaren Semea*. Del mismo modo, en Mt. 16, 18: *Baina are nic erraiten drauat, ecen hi aicela Pierris, eta Harri hunen gainean*, etc.

Leizarraga ha tenido siempre fama, no muy inmerecida, de servir hasta servilmente al modelo que seguía. Pero gente mucho más reciente y cuyas inclinaciones más bien les llevaban en sentido contrario ha procedido de modo semejante. El que más se aparta, de entre los que tengo a mano, es Olabide, *Itun berria*, Bilbao 1931. Aunque en Mt. 16, 16, vierte *Zu zera Kistoa*, en 16, 18, en estilo directo, pone *Aitz zera zu, ta aitz onen gañean...*, y en Mc. 8, 29, *Zu Kisto'a zera*.

Olabide acaso no fuera muy de fiar en estas materias, aunque Orixe retocara (por lo que he oído) alguna vez el original en pruebas. Pero es que aquí Ormaechea mismo nos ha dado su propia versión: *Zu zera Kristo, Jainko biziaren Semea* y un poco más adelante, al revés pero al igual que Olabide, *Arkaitz zera zu*, véase *Urte guziko*, p. 832. Además, en una de las traducciones más fieles al habla popular de un cierto nivel, lo que significa que está lejos de carecer de altos valores literarios, el padre Policarpo de Iráizoz, *Yesu-Kristo gure Yaunaren bizia*, Pamplona 1934, p. 237, tam-

bién trae *Zu zera Kristo* y además, a las pocas líneas, *Zu zera Pedro* (*Arkaitza*).

Iráizoz ha podido seguir prácticas navarras que en esta materia se apartan en varios puntos de las más occidentales. En Orixe, que se preciaba de ser más fiel a éstas que el más occidental de los occidentales, pudo pesar el *tu* latino, necesariamente enfático por cuanto su expresión no era obligada, y tratar de darle correspondencia vasca. Esto, dentro de la sintaxis vasca que él en este punto y de modo muy poco ortodoxo creía comparable a la latina, sólo puede conseguirse por tematización de *tu*, ya que el pronombre no comunica nada nuevo, sino tan sólo información trillada. Y la tematización se consigue aquí sobre todo por promoción (si puede emplear esta palabra para traducir *fronting*), incluso si el tema no es nombre o pronombre. Cf. Lino de Aquesolo, prólogo a la Biblia de Duvoisin, p. xi: *Izan* [se refiere al príncipe Bonaparte], *katolikoa zan, katoliko zintzoa*. Podía, pues, decirse, *zu* más pausa, pero entonces era imposible el verbo finito y solamente cabe decir *Zu, Kristo zara, Jainko biziaren semea*.

4. Algunas dudas sobre gurenda

Pío Baroja, que tenía creencias muy firmes en bastantes cosas, cuenta en *El cura de Monleón*, p. 278 s. (cito por la ed. de Txertoa, San Sebastián 1971), al hablar de las lecturas que llevaron al protagonista de la obra a perder una fe que nunca parece haber sido muy sólida, una anécdota que toma de Salomón Reinach en apoyo de su confianza en el valor y progreso de la crítica, de una crítica que en este caso bien podemos llamar filológica. Como Salomón Reinach, su *Orfeo* y su *Apolo*, ya no gozan de la popularidad de que un día disfrutaron (y sospecho que yo mismo sólo los he alcanzado cuando su influencia estaba ya claramente en baja), espero no se tome a mal que relate de segunda mano lo que ya Reinach no contaba, sin duda, de primera.

El caso es que Plutarco refiere, a lo que dicen, que, una noche, los tripulantes de una nave griega que navegaba en tiempos de Tiberio entre el Peloponeso y la costa de África oyeron unas voces terribles que gritaban desde tierra: «¡Tammuz! ¡Tammuz! El gran Pan ha muerto». Plutarco entendió la noticia en el sentido de que Tammuz era el nombre del capitán del barco, aunque no explicara por qué había sido él elegido entre todos los mortales para destinatario de un mensaje tan importante. Y lo que decía Plutarco lo fueron repitiendo los demás, hasta que un crítico avisado cayó en la cuenta de que era mejor interpretar de otra manera esas palabras, sin necesidad de variarlas lo más mínimo: «¡Tammuz, Tammuz el gran Pan ha muerto!». En jerga nada moderna de este oficio, los dos vocativos seguidos de un aserto en indicativo, se convertían en una sola oración con un

sujeto repetido y seguido la segunda vez de una aposición explicativa. En otras palabras, no era el capitán, sino el gran Pan mismo, quien se llamaba Tammuz.

Sea así o no, lo que acabo de contar ilustra de manera muy pertinente la naturaleza de la crítica textual, que siempre cuenta con apoyos exteriores al texto mismo: su trabajo consiste esencialmente en pequeñeces, como leer una letra por otra, cambiar el orden de unas palabras, unir o separar grupos de letras, poner o cambiar los signos de puntuación adecuados, etc. Es verdad que así se puede llegar a atetizar versos interpolados, a demostrar la falsedad de documentos, a mostrar el carácter apócrifo de textos enteros, etcétera, pero estas mismas empresas de mayor empeño no son posibles sino a partir de la acumulación de una multitud de resultados aparentemente mínimos. Si hubiera que resumir los principios teóricos de esta práctica, yo diría que consisten en no aceptar nunca un texto como definitivo, por seguro que aparezca hasta en los detalles más nimios. Si uno acierta a ponerse en el punto de vista adecuado, puede volver a ver lo que todos han visto, pero a una luz completamente diferente.

Esto sería, en principio, mucho más fácil de hacer en el campo vasco que en el de la filología clásica, germánica o románica, pongamos por caso, puesto que entre nosotros las cosas se han tomado —en el mejor de los casos, porque demasiado a menudo no nos enteramos de su existencia— *at face value*, en virtud del principio de que lo que está escrito, está escrito, como si no supiéramos cuántas veces escribimos una cosa por otra y, sobre todo, hasta qué punto puede diferir lo que ahora leemos de lo que un día pudo escribirse.

Lo que sigue no es más que un muy modesto ensayo de enmienda conjetural que, además de modesto, y eso es lo peor, es muy aventurado. Pero, por atrevida que sea la conjetura y su autor no pase de ser un modesto aprendiz de brujo, nada se pierde con presentarla. Aun en el caso de que sea insostenible no se romperá ni un cristal, no ya un hueso.

Esta nota se refiere al núm. 308 de *Refranes y Sentencias: Gurenda andia odolbacoa* «Gran victoria la de sin sangre». Según el comentario de Julio de Urquijo, *RIEV* 20 (1929), 308, el refrán rezaba en castellano, en versión del Comendador Griego, «Gran victoria, la que sin sangre se toma», sin cópula lo mismo que la fórmula vasca. Pero ésta está presente en los equivalentes de otras lenguas, añade Urquijo: al. *ist*, ingl. *is*, it. *è*.

La enmienda que propongo consiste en dividir en dos una palabra gráfica, con lo que también en nuestra lengua estaría presente la cópula *da*. Expongo a continuación, de la manera más ordenada que me es posible, las razones que, a mi juicio, abonan o desaconsejan su adopción.

a) Para empezar, *gurenda* es, por cuanto sé, un hápax que no confirma ninguna otra fuente. Esto no invalida necesariamente el dato, pero tampoco lo refuerza y una hipótesis que pudiera prescindir de él (es decir, explicarlo por hechos bien documentados) permitiría hacer la economía de un dato aislado y, por ello mismo, de solidez discutible.

Está claro que *gurenda* forma parte, según toda probabilidad, de la familia de *guren*, *gurendu*, etc., ampliamente difundida, que expresa, entre otros valores, las ideas de 'crecer', 'crecimiento', etc.: para 'crecederas', en particular, hay *azizurriak*, de una parte, y *gurenak*, *gurentxoak*, de otra, así como formas que remontan, a todas luces, a *azi* + *guren* (+ *-txo*) + *ak*. Creo que es opinión general la que expresa Ambrosio Zatarain en una nota inédita que tengo a mano: que ese mismo *guren* es el que en segundo miembro del compuesto *andrauren* aparece como (*h*)*uren*, escrito dos veces separado, en RS 210, 317 y 527: las traducciones son «muger de buen recado», «muger principal» y «señora de buen recado». La pérdida de la sonora inicial en esa posición es prácticamente regular, tratándose sobre todo de un término de cierta antigüedad.

De ahí deducía Zatarain, y creo que con toda razón, que la traducción de vizc. *guren* como 'santo', en *astelen guren* 'lunes santo', etc., que procede por lo menos desde Azkue, no es más que un espejismo cuya única base está en que en lenguas vecinas cierta semana y sus días reciben el calificativo de 'santo', cuando en nuestro caso se trata simplemente de 'lunes, etc., mayor' o 'principal', como vasco. *nagusi*.

Apuntaré como dato curioso, un tanto falto de corroboración, que fray Tomás de Burgui en su *San Miguel de Excelsis*, 1774, libro 3.º, 65, menciona una donación de Sancho el Sabio en 1171 de «dos caseros, uno en Lizarraga, llamado Don Gurena y otro en Lizarreta, llamado Sanso». Es de suponer que *Don Gurena* esté por vasco. *Jaun Gurena*.

b) En el supuesto de que *gurenda* sea un derivado de *guren*, que es sin duda lo que hemos venido pensando *in petto* en la medida en que hayamos pensado en ello, el sufijo tendría que ser *-da* o, mejor aún, un *-ta* subyacente. Pero ni una forma ni otra parecen estar demasiado bien atestiguadas en el campo de la derivación vasca.

El mejor paralelo lo tenemos sin duda en *gar(h)aita*, que también significa 'victoria', derivado de *garai* 'alto, etc.', cuyos valores no son tan dispares de los de *guren*.

Esta palabra me era conocida sobre todo porque Oihenart la empleó en su traducción de «Vexilla Regis», en un pasaje que copio aquí junto al texto

de Venancio Fortunato, que es más breve, como era de esperar, que su paráfrasis vasca:

| | |
|--------------------------------|--------------------------------|
| <i>Dohatsua, seinetarie,</i> | |
| <i>Seinen beso bietarie</i> | <i>Beata, cuius brachiiis</i> |
| <i>Vrkaturic egon baita</i> | <i>Pretium pendit saeculi.</i> |
| <i>Securu ororen garhaita.</i> | |

Lafon, *ad loc.*, advertía que el término ocurría, con una traducción distinta, en Oihenart, *Pr.* 629: «*Ihabalia nois ere ihabaliarequin liscarzen baita, aizinioileac duque garhaita*, Le poltron lors qu'il prend querelle contre vn autre poltron, celuy qui frape en premier à l'avantage». Pero ni 'pretium' ni 'avantage' son incompatibles, ni mucho menos, con 'victoria', sobre todo, si se tienen en cuenta los textos de Leizarraga, porque la palabra está ya atestiguada antes de Oihenart. Los ejemplos que yo tengo recogidos son estos cuatro, tres de los cuales son neotestamentarios y procedentes todos de la misma obra: *Garaita vkanen duena, neure Iaincoaren templean habe eguinen diát*, Ap. 3, 12; *Garaita vkanen duena iar eraciren diat neurequin, neure thronoan* (y sigue: *nola nic-ere garaitu vkan baitut eta iarria bainago Aitarequin haren thronoan*), Ap. 3, 21, con una clarísima aproximación de *garaita* a *garaitu*; *huná, garaita dic Iudaren leinutico Leboinac, David-en çainac* («radix, rhiza»), Ap. 5, 5. El cuarto procede de Adu. **viii. r: *hunen beraren [Christen] moienez içan baita gogorgoá ematu..., mehatçhua mehatçhatu, embuscadá embuscatu, garaita garaithu, bortchá bortçhatu...*

No he podido encontrar, sin embargo, la palabra en Azkue, ni siquiera en las adiciones. No sé, por lo tanto, cómo pudo haber presentado la palabra, pues, como se habrá echado de ver, en ninguno de los cuatro casos escribió Leizarraga -á final acentuada, como suele hacer cuando se trata del nominativo determinado de un tema en -a, mientras que en el trozo final, muy fragmentario, aparecen junto a *garaita* los acentuados *gogorgoá, embuscadá* y *bortchá*.

Un tema *garait-*, acabado en oclusiva, no parece, sin embargo, plausible. De los ejemplos que conozco de *garaitia* 'victoria' en Axular (los que tengo a mano y los transcritos por Villasante en *Axular-en hiztegia*, s.u.), tampoco queda excluida la posibilidad, poco probable no obstante, de que se traté de *garaiti-* más artículo. Un sufijo -*tia*, por otra parte, está muy falto de apoyo.

Muy distinto, por sufijo y por significación, es *gar(h)aite*, que solamente se aduce aquí por no pecar por carta de menos. Cf. *Olibetcho* [sic] *mendiaren garaitera da igan*, Etcheb. *Noelac*, ed. c de Vinson, 144 (la g da igual la primera palabra, pero trae -*dadiñan* en vez de *da igan*), y *Haren*

escuco dirade lurraren harchedeac, / Bere eçagutçan [en el texto que he visto, *eçagutçen*] *ditu mendien garbaiteac* impreso *gargaiteac*, Elič. 297. Por si quedara alguna oscuridad, el segundo ejemplo corresponde a Ps. 94, 2, que en *Orduen Liturgia*, 1977, p. 559 (= *Salmutegia*), es: *eskuan dauzka lurraren barrenak: mendi-gaiñak, Berarenak*.

No hay, por lo tanto, duda de que significa 'cumbre, cima'. En Axular, 153, *garbaitean, garcetan*, se refiere a la parte posterior de la cabeza, «cogote» según Larramendi, *Suplemento*, que copia incorrectamente *garraita*; en Iztueta, Voc. ms., *garceta, garaita*, s.u. cogote.

c) El aspecto menos controvertible de esta propuesta está en la unión, convertida ya en inseparabilidad, que postula entre una forma nominal, un sustantivo en este caso, y la cópula. Cualquiera que haya visto una reproducción fotográfica de *RS* sabe la frecuencia con que esta aglutinación se da en lo escrito, incluso allá donde no parece haber habido apremios de espacio: así *obeda* 30 (y *Obeda* en cabeza de refrán, 320 y 322), *Andiada* 114, *burda* 250, *luceda eta sendo* 268, *Yssuada* 426, *Zaarrada* 479, que no creo agoten la lista. Esto no ocurre solamente con *da*, pero su escaso cuerpo fónico, con una sílaba menos que *dira*, unido a su valor que es el menos marcado que puede tener una forma verbal vasca, propiciaban la fusión.

De su realidad en la pronunciación apenas cabe dudar cuando nos encontramos con (*barri*) *vsta*, 151, «todo es (nuevas)», de *uts da* o *gajta* «es difícil», 144, ya comentado, de *gatx da*. El número 4 va, por cierto, sobre *vsta* a la izquierda y sobre *todo es* entero a la derecha. Esto mismo ocurre con la numeración, en especial cuando la traducción no emplea más que una sola palabra: *Obeda*, 1 como *Mas vale*, 320, *burda*, 2 como *Cerca*, seguido de *esta* no numerado, 250. Puede haber, además, algún otro caso que haya pasado inadvertido. En el 259 se repite un adjetivo que no se documenta en ninguna otra parte: *Etseco andrea cinbota / ese duztia cinbota*, «Casera desperdiciada / desperdiciada la casa toda». Azkue, creo que con razón, da la palabra como *zinbot* suponiendo según toda probabilidad que *-a* es el artículo, pero, como bien se sabe, el predicado nominal no tenía por qué llevar necesariamente tal determinación: cf. *luceda eta sendo*, ya citado, o, sin cópula, *Sendo astoa garitan*, 163, «En el trigal rebusto es el asno».

No se puede, por lo tanto, repudiar o no tomarla siquiera en consideración la posibilidad obvia de que *zinbota* sea, una y otra vez, la manifestación superficial de lo que era o había sido un día *zinbot da*, cuyo análisis ya no era recuperable.

d) Añadiré unas palabras sobre lo que uno ve y lo que uno cree adivinar acerca del orden de palabras antiguo. Estimo que las indicaciones —más o menos válidas— que se han presentado en el apartado anterior

sobre el orden moderno y occidental no pueden ser trasladadas sin más a un texto como el de nuestros *Refranes y Sentencias*, a no ser en el sentido muy restringido de que ahí, en el pasado, se encuentran los indicios de la explicación histórica de lo que comprobamos aquí y ahora. En efecto, mi modo de pensar, expresado otras veces y basado en paralelos de otras lenguas, es que un accidente fónico, el carácter en un tiempo enclítico del verbo personal vasco, hizo que éste ocupara su lugar *a continuación* de otros elementos de la frase, elementos que después se hallaron colocados en la posición privilegiada, reservada en primer lugar al foco, situada inmediatamente *delante* del verbo finito. Dicho de otra manera, lo que en un tiempo fue un 'detrás de' subordinado acentualmente se mudó luego en un 'delante de' distinguido, dignidad que el verbo antes y después postergado confería al elemento nominal que le precedía.

Hay en *RS* huellas suficientes para que también entre nosotros se pueda hablar, por lo que respecta al verbo finito, de una especie de ley de Wackernagel: *da*, por limitarnos de momento a esta sola forma, tendía claramente a ocupar el segundo lugar de la frase o de miembro de frase. Empezando por refranes ya citados, al menos en parte, pueden servir de muestra *Andiada ene mina* 114, *Mayaçean berarra / lucedá eta sendo* 268, *Obeda gorde çe es esque* 320, *Obeda aurpegui gorri* 322, *Yssuada baeti ez dacussená* 426, *Zaarrada liburu aen esana dagu* «El viejo es libro, su dicho hagamos» 479, *Ayn da ona* «Tal es de buena» 505, *Eguia da laz ta garráz, ta mergaz* «La verdad es aspera y agra, y desabrida» 518. Cf. también *Eshsean dagoan gacha / er[r]az da ezauten* «El mal questa en casa / facil es de conoçer» 434, *guxtiz da guextoa* «del todo es mal» 135, *Gauçea da laguneena* «Del compañero es la cosa» (mal traducido en lugar de «de otro, ajena y ya no propia») 60, con la cópula intercalada entre los miembros del sintagma nominal como en este verso de Dechepare, E i: *Ni gathitu naducana captiuada berceren*.

Con *-(d)u* 'haber' en construcción predicativa, *gogoa dot arina* «el pensamiento tengo liuiano» (es decir, «mi pensamiento es liviano») 398, *Perrau neuen gogoa* «Hermitaño tuue el pensamiento». Cuando se da elisión del auxiliar, como en *Azur andiac vna andia* «El gran queso (sic, por 'hueso') gran tuetano», 524, se extrapolaría, sin mucho temor a equivocarse, *vna (dau) andia*, del mismo modo que *Eder (da) elaea goxean cantazean* «En el canto de la mañana hermosa (es) la golondrina» 517, y acaso también, teniendo en cuenta *Zaarrada liburu, Esalea (da) ençula* «El dezidor oydor» 446, con artículo en el sujeto, pero no en el predicado, a la inversa en posición de *Sendo (da) astoa garitan* 163.

No era posiblemente distinto el caso de *nau* en *Gax chipiac nau yaraçen, ta andiac nau bigunçen* «El mal pequeño me haze temblar, y el grande

me haze ablandar» 352. Aunque haya intervenido también el afán de conseguir rima (con nombres verbales en *-tze-n*, como en *Larrac larricen / guichiac arbinzen* «Lo demasiado congoxa, lo poco estrecha»), esto podía hacerse sin infringir la norma, más bien arcaizante en la segunda mitad del XVI. Cf. *nic aut manatzen* de Leizarraga, citado en *FHV*², p. 321.

e) Vuelvo por fin y brevemente al 308: *Gurenda andia odolbacoa* «Gran vitoria la de sin sangre». Esto significa evidentemente que la clase de las victorias incruentas forma un subconjunto de la clase de las grandes victorias o, mudando las palabras, que, si una victoria es incruenta, es, sin más, una victoria grande. Si partimos de una ordenación con el sujeto en cabeza, tendríamos, en ortografía moderna, *odolbako G-a, G-a andia da* de donde, con toda naturalidad, anteponiendo el predicado, *G andia da odolbako G-a* o, borrando el nombre repetido, *G andia da odolbakoa*. Sólo falta ya el salto final, que nos llevaría a *G da andia odolbakoa* o sea, tras sustituir *G* por el valor que se propone asignarle, *guren da andia odolbakoa* «vitoria es grande la incruenta».

El salto, sin embargo, y esto no hay que disimularlo, es tan grande que bien puede ser considerado mortal. Antes y ahora, y más antes que ahora, la cópula podía buscar con preferencia el segundo lugar de la frase, detrás de un sintagma nominal, más simple o más complicado. Pero, por cuanto se me alcanza, no se ha señalado todavía un solo ejemplo en que la cópula se incruste entre los miembros (vamos a suponer que dos) del sintagma, al menos cuando éste está formado, como aquí, por sustantivo más adjetivo (más artículo). El hecho en sí no es, con todo, imposible, ni mucho menos. Tomemos una frase nominal como *Hurte erurrezcoa garizcoa* «Año de nieue de trigo», 150. Cambiado el orden para que el sujeto no ocupe la posición inicial, tendríamos con cópula: *Urte garizkoa da erurrezkoa*. Creo que hasta aquí todos aceptarían la construcción. Pues bien, *urte da garizkoa erurrezkoa*, aunque sin duda duro y difícil, no me parece, ni siquiera ahora, absolutamente agramatical.

Lo que sugiero es que alguna vez, en tiempos ya lejanos, no lo fue, pero que ya en 1596 era por lo menos tan apartado de lo usual que el compilador de la colección entendió, tuvo que entender, *guren da*, nombre más cópula, como *gurenda*, nombre a secas.

Luis MICHELENA